

## ALGUNAS PUNTUALIZACIONES SOBRE EL CONCEPTO DE LA HISTORIA

FRANCISCO AYALA

En 1947 trataba yo de presentar el problema del conocimiento científico frente a aquellos objetos constituidos directamente con los materiales de la vida humana (y ahí entran tanto los de la Sociología como los de la Historia) en los términos siguientes:

“Aquí, el hombre inquires acerca de sí mismo, no a través de aquellas creaciones suyas que aspiran a trascender su inmediata realidad hacia la esfera del espíritu absoluto, sino en aquellas otras que lo constituyen en su inmanencia, que lo hacen hombre y que, al hacerlo, realizan configuraciones espirituales sobre una entidad emplazada *también*, simultáneamente, en la esfera de la naturaleza exterior, y en la que ambas se articulan: el hombre mismo. Mas como esta obra cultural por la que el ser humano se espiritualiza, insertándose en un mundo de formas provistas de sentido —o en un mundo de sentidos provistos de forma—, es operación del propio hombre que actúa desde el centro de su conciencia, y esta conciencia está individualizada, es la mía, la de cada cual, la de un ser viviente; como mi conciencia sólo me es dada en mi vida —a la que gobierna y en función de la cual opera—; como existe en unidad cerrada con la vida humana, cuando toma a esta última como materia de su conocimiento realiza con ello un acto vital, penetrado como todos los demás por el apremio de la existencia en el tiempo, que liga indisolublemente conocimiento y voluntad. Ahora bien: siempre que el conocimiento tiene como objeto directo —según ocurre en este pequeño grupo de ciencias— al hombre viviente en sí mismo, la contorsión mental por la que, frente a cualesquiera otros objetos, incluso objetos de las ciencias del espíritu, se inhibe el sujeto autoeliminandose en alguna medida, contorsión que debe valorarse ahí como una técnica operativa de rendimiento inapreciable, no resulta ahora, ni tan hacedera ni, de serlo, tan fructífera: envuelve el riesgo de falsear con ella el objeto, de que se nos volatilice entre las manos tan pronto como queramos reducirlo a términos de la acostumbrada objetividad. Entra en la esencia del objeto, según hemos podido descubrir antes, el momento de la voluntad, una voluntad que es siempre voluntad actual, que siempre radica en la conexión temporal de la existencia humana, y de la que, por tanto, no se puede prescindir si se quiere captar cognoscitivamente dicho objeto”. (*Tratado de sociología* 3ª ed., Aguilar, Madrid, 1961, págs. 152/3).

“La pretensión de una Historia sin Filosofía de la Historia, esto es: sin prejuicios, *científica*, tal como se ha propugnado en un tiempo y como todavía sigue siendo cultivada en todas partes por meritorios especialistas, encierra un curioso equívoco sobre el que vale la pena decir dos palabras: sus supuestos son inaceptables; sus resultados, sin embargo, aprovechables casi siempre, y con frecuencia muy valiosos. ¿Cómo es esto posible? Entiendo que hacer consistir la Historia en la labor de establecer los hechos según efectivamente ocurrieron —tal es la fórmula clásica—, mediante los métodos más refinados de que la crítica disponga, y nada más que en eso, constituye una desviación del sentido histórico hacia la que obró su seducción el ideal cognoscitivo de las ciencias naturales. En analogía con ellas, el investigador pretende colocarse frente al hecho histórico en actitud neutral, dispuesto a atenerse con rigurosa imparcialidad al resultado que los documentos arrojen; de este modo su obra podrá llamarse científica; la verdad histórica habrá quedado establecida con la mayor exactitud posible y con objetividad plena. Pero el problema es éste: ¿por qué se elige tal o cual hecho como objeto de la investigación? La realidad es prácticamente inagotable en acontecimientos, y en principio todos sus elementos tienen igual opción, todos ellos son acontecidos por igual... Es que la elección, previa a toda crítica, del hecho memorable, lleva insito ya el juicio histórico; la genuina operación de historiar se realiza en esa elección, burlando las pretensiones de prescindencia y objetividad *científica*. Y esto se descubre bien al considerar la ineptia de esa erudición que aplica todo el aparato de la crítica histórica a verdaderas trivialidades, cuyo esclarecimiento en nada modifica el saber histórico genuino”. (*Idem*, págs. 165/6).

“La Historia es un conocer en función del presente, un saber para la práctica. Porque es una toma de conciencia acerca de nuestro destino, llamada a guiarnos en forma preceptiva. De ahí que carezca de valor histórico —y solo tenga el de mera curiosidad— la narración de acontecimientos que nos son radicalmente ajenos, como no sea que encuentren aplicación analógica a nuestra situación o referencia significativa a la Historia universal. De ahí también que el juicio histórico evolucione y cambie con el paso de las generaciones, y ello sin necesidad de rectificaciones eruditas que alteren el perfil de la verdad comprobada y aceptada de los hechos, sino por la simple modificación que lleva a su conjunto, desde el presente, el acontecer de cada día y de cada hora, y la consiguiente renovación del cuadro de selecciones valorativas: la Historia se configura desde el presente con vistas al futuro. Pese al núcleo irreducible de la verdad histórica, del acontecimiento singular, decisivo e irrevocable que le sirve de anclaje, la Historia es una función de la vida viviente, igual que la Sociología”. (*Idem*, págs. 168/9).

El historiador C. Sánchez Albornoz, que —a diferencia del filólogo Américo Castro— se ha tomado el trabajo de leer mis mamotretos sociológicos, aunque en vano, pues no parece haber entendido lo que tan laboriosamente me empené en explicar, arguye contra mis posiciones: “Francisco Ayala, desde el campo de la sociología, se atreve a circunscribir el campo de la historia al de los sucesos militares y políticos, y dentro de ellos a los que llama hechos decisivos del pasado: a los que resuelven graves pugnas de poderes y marcan destinos al cuerpo histórico. Ayala

excomulga por inepta la erudición que no discrimina, de acuerdo con su tesis, la materia histórica, y llega a burlarse de los estudiosos que se ocupan de acontecimientos secundarios o minúsculos, para él sin relieve en el fluir de la historia. Ayala recoge muy viejas ideas. El grave error de Ayala se explica por su alejamiento de la teórica y de la técnica del saber histórico". (*El enigma histórico de España*, Buenos Aires, Sudamericana, 195, págs. 36 y ss.).

Mi sola respuesta será citar algunas frases de las conferencias dictadas hace no más de un año por el historiador británico E. H. Carr en la ilustre cátedra George Macaulay Trevelyan de la Universidad de Cambridge, y recién publicadas bajo el título de *¿Qué es la Historia?* (*What is History?*, New York, Alfred A. Knopf, 1962). Enseña Carr: "The historian is not required to have the special skills which enable the expert to determine the origin and period of a fragment of pottery or marble, to decipher an obscure inscription, or to make the elaborate astronomical calculations necessary to establish a precise date. These so-called basic facts which are the same for all historians commonly belong to the category of the raw materials of the historian rather than of history itself. The second observation is that the necessity to establish these basic facts rests not on any quality in the facts themselves, but on an *a priori* decision of the historian. In spite of C. P. Scott's motto, every journalist knows today that the most effective way to influence opinion is by the selection and arrangement of the appropriate facts. It used to be said that facts speak for themselves. This is, of course, untrue. The facts speak only when the historian calls on them: it is he who decides to which facts to give the floor, and in what order or context... It is the historian who has decided for his own reasons that Caesar's crossing of that petty stream, the Rubicon, is a fact or history, whereas the crossing of the Rubicon by millions of other people before or since interests nobody at all. The fact that you arrived in this building half a hour ago on foot, or on a bicycle, or in a car, is just as much a fact about the past as the fact that Caesar crossed the Rubicon. But it will probably be ignored by historians. Professor Talcott Parsons once called science a selective system of cognitive orientations to reality. It might perhaps have been put more simply. But history is, among other things, that. The historian is necessarily selective. The belief in a hard core of historical facts existing objectively and independently of the interpretation of the historian is a preposterous fallacy, but one which it is very hard to eradicate" (p. 9/10). "Anyone who succumbs to this heresy [the nineteenth-century heresy that history consists of the compilation of a maximum number of irrefutable and objective facts] will either have to give up history as a bad job, and take to stamp-collecting or some other form of antiquarianism, or end in a madhouse" (p. 14). "No document can tell us more than what the author of the document thought— what he thought had happened, what he thought ought to happen or would happen, or perhaps only what he wanted others to think he thought, or even only what he himself thought he thought. None of this means anything until the historian has got to work on it and deciphered it". (p. 16). "Yet the historian is obliged to choose: the use of language forbids him to be neutral" (p. 28).

Todo lo cual significa que: "Al historiador no se le pide que tenga las capacidades especiales que habilitan al perito para determinar el origen y período de un fragmento de cerámica o de mármol, descifrar una inscripción oscura, o hacer los complicados cálculos astronómicos necesarios para fijar una fecha exacta. Estos llamados hechos básicos que son iguales para todos los historiadores suelen pertenecer a la categoría de materia prima para el historiador más bien que a la historia misma. La segunda observación es que la necesidad de establecer esos hechos básicos no reside en ninguna condición de los hechos mismos, sino en una decisión a priori del historiador. Pese al motto de C. P. Scott, cualquier periodista sabe hoy que la manera más eficaz de influir sobre la opinión es seleccionando y ordenando los hechos convenientes. Era costumbre decir que los hechos hablan por sí solos. Esto, claro está, no es cierto. Los hechos solo hablan cuando el historiador los invoca; él es quien decide qué hechos han de destacarse, y en qué orden y contexto... Es el historiador quien ha decidido por razones propias que el paso de ese río minúsculo, el Rubicón, por César, es un hecho de la historia, mientras que el paso del Rubicón por millones de otras personas antes o después no le interesa absolutamente a nadie. El hecho de que ustedes hayan llegado hace media hora a este edificio andando, o en bicicleta o en auto, es tanto un hecho del pasado como pueda serlo el paso del Rubicón, por César. Pero probablemente los historiadores lo desdeñarán. El profesor Talcott Parsons llamó una vez a la historia "un sistema selectivo de orientaciones cognitivas de la realidad". Quizás pudo haberlo dicho con más sencillez. Pero la historia es, entre otras cosas, eso. El historiador no puede dejar de ser selectivo. La creencia en un núcleo sólido de hechos históricos que existen objetivamente y con independencia de la interpretación del historiador es una falacia insensata, pero muy difícil de desarraigar" (p. 9-10). "Quien sucumbe a esa herejía [la herejía decimonónica de que la historia consiste en la compilación del mayor número de hechos irrefutables y objetivos] tendrá que abandonar la historia como una mala profesión, y dedicarse a coleccionar sellos u otra forma de anticuarismo, o terminar en un manicomio" (p. 14). "Ningún documento puede decirnos más que lo que pensó el autor del documento: lo que pensó que había ocurrido, lo que pensó que debía ocurrir o debiera de haber ocurrido, o quizás tan sólo lo que deseaba que creyeran otros que pensaba él, o incluso tan sólo aquello que él mismo pensaba que pensaba. Nada de ello significa cosa alguna hasta que el historiador lo trabaja y descifra" (p. 16). "Todavía el historiador tiene que escoger: el uso de un lenguaje le impide ser neutral" (p. 28).

En resumen, todo esto no significa sino lo que es obvio: que la historia se constituye en función de la vida actual, y sólo en conexión con ella tiene sentido. Usando una vez más de las peligrosas, pero inevitables transposiciones de lo social al orden del individuo, podemos aceptar que se la defina como la memoria colectiva, y hasta aprovechar las ventajas de semejante analogía señalando el hecho de que también la historia produce una selección vitalmente operativa de recuerdos y olvidos, apuntando a esa inconsciente elaboración que distorsiona el pasado de acuerdo con las perspectivas del presente (sin llegar, por supuesto, a las falsificaciones de la propaganda deliberada), y aun registrando la presencia de re-

cuerdos históricos “apócrifos”, no cosechados en el campo de la realidad pretérita, sino más bien crecidos en las oficinas de la imaginación y el deseo.

Pero es claro que, con todo, no se da en la historia un mecanismo psicólogo en rigor asimilable a la memoria. Para empezar, falta el sujeto de ella. Cuando hablamos de “memoria colectiva” la referimos —y en ésto reside la metáfora, no lo perdamos de vista— a un pueblo, es decir, a un sujeto de conciencia fingido o supuesto, cuya unidad real se reduce al complejo de estructuras sociales existentes, a las que cada particular individuo ha de adaptarse en parte, y en parte resiste o acaso rechaza (adaptación, resistencia y rechazo parciales de los individuos concretos, cuya conjugación determina el dinamismo histórico); pero no hay en verdad ningún hombre concreto que posea “memoria histórica”; nadie recuerda, ni puede recordar, lo que aconteció fuera del ámbito de su personal experiencia. La historia se aprende, se recibe por tradición, como el resto de lo que constituye la que se ha llamado “nuestra herencia social”.

De esta herencia social, integrada por un tejido complejísimo de estructuras sociales valorativamente sostenidas y orientadas, algunas, aquéllas que instrumentan de manera más directa las decisiones de destino, a saber: las instituciones políticas, lo que en forma muy general denominamos Estado hoy, son las que circunscriben, moldean y configuran al sujeto colectivo de la historia; y nada de extraño tiene, siendo así, que desde el Renacimiento en que empiezan a constituirse los modernos Estados nacionales hasta la segunda guerra mundial que cierra su ciclo, haya sido la *nación*, fraguada en su crisol político, el sujeto reconocido de la historia, y que, por consiguiente, la historiografía haya adoptado una perspectiva nacional. Madurada la nación en el siglo XIX, la filosofía política del nacionalismo construiría desde su propio presente, y con todo derecho, el pasado histórico a base de supuestas entidades nacionales, concreción temporal de una esencia eterna: la *deutsche Nation* de Fichte, la famosa *France éternelle*, la España de Ganivet, virgen y madre...

FRANCISCO AYALA

*Bryn Mawr College,  
Pennsylvania.*